

(1ª España, Madrid, 8 enero 1920)

6-176



## GALDÓS EN 1901

POR

Miguel de Unamuno

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

Galdós ha sido el puro y mero literato y más estrictamente el novelista, y en su última época el dramaturgo. O mejor aún, el novelista en la escena teatral. No fué un profesor, aunque, sin proponérselo, haya enseñado más cosas que los más de los profesores; no fué un crítico, aunque indirectamente resulte su obra obra de crítica; no fué un periodista, aunque alguna vez escribiera artículos para periódicos; no fué un historiador, a pesar de sus *Episodios Nacionales*, en que la historia, el modo específico y técnico, se reduce a bien poco—más históricas son sus *Novelas españolas contemporáneas*—; no fué un orador, aunque algunos de sus personajes hablen alguna vez oratoriamente; no fué un político, con todo y haber sido más de una vez diputado a Cortes. Fué un puro y mero literato y laboriosísimo.

El ejemplo moral más grande que Galdós haya dado a su generación y a la que le sucedió, fué el de su laboriosidad. Y la señal más triste del grado de civilización a que hemos llegado en la cultura del espíritu, es el premio que esa laboriosidad obtuvo. ¿Sería piadoso recordar ahora, sobre el cuerpo aún entero que albergó su espíritu inquisitivo, retraído y doliente, el lamentable episodio de aquella suscripción pública y la actitud del Estado?

Y dentro de la literatura fué Galdós un novelista que se hizo, en su edad más que madura, dramaturgo. El hombre avezado a ganar la atención de cada uno de sus lectores, quiso ganarlos en muchedumbre. Y llegó un día en que fué aclamado públicamente, en que el grito de «¡Viva Galdós!», proferido estentóreamente en la calle—¿verdad, amigo Maeztu?—parecía



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES

Galdós en 1901



6-176  
2

el santo y seña de una rebelión, ya que no de una guerra civil. Pero el hombre que con ojos de novelista vió, a sus veinticinco años, la revolución de septiembre, la de 1868—y permaneció siempre fiel a su ideología liberal—, y vió luego la segunda carlistada, no logró ver, al conjuro de su *Electra*, nada de lo que viera siendo joven.

Fué el 30 de enero de 1901, en las postrimerías de la Regencia habsburgiana. Es asunto de la señorita Ubao—que no dejaba de tener alguna analogía con algún asunto de candente actualidad, aunque no sea hoy clerical la Inquisición contra la que la civilidad, que es la civilización, tiene que luchar—fué la ocasión de *Electra*. Galdós intentó hacer de una anécdota una categoría. Pero en esta España episódica, anecdótica e interina, hasta las categorías se reducen a anécdotas.

El 30 de enero de 1901, Galdós fué el hombre del día. La muerte vuelve a convertirle en actualidad. Pero su obra novelesca y dramática, que es su alma eterna, se salvará de la terrible actualidad que tantos estragos hace y que a tantos mata. ¡Ay del que se pasa la vida siendo el hombre del día!

La obra novelesca y dramática de Galdós, bruñido y limpidísimo espejo de metal—en que las figuras toman un color plomizo y unos contornos crepusculares—nos refleja la muchedumbre, más que la sociedad española, y más que española, madrileña, de 1876 a 1902, en esos años lúgubres de Torquemada y de Pantoja y de Casandra, los de Galdós.

Las figuras que Galdós ha hecho pasar por su retablo de Maese Pedro, rara

vez parecen tener libre albedrío; se dejan vivir más que hacen su vida. La rutina cotidiana es su motivo de acción. Y cuando quieren ser rebeldes no pueden, a pesar de todos sus esfuerzos, rebelarse. Alargan unas existencias lánguidas. Casi nunca surge allí o un energúmeno—locos, sí, como en el mundo de Cervantes—o un desesperado. En el fondo todos, hasta los que parecen rebelarse, se resignan y aun se conforman.

Y la lengua de Galdós—que es su obra de arte suprema—fluye pausada, maciza, vasta, compacta, sin cataratas ni rompientes, sin remolinos, sin remansos, espejando los álamos y sauces de las orillas de su cauce y el cielo de otoño que le cubre. Sobre este río no hay tormentas, y bajo de él no hay temblores de tierra como ocurre en el río tempestuoso de Dostoyusqui. Tampoco España, la de Galdós, es Rusia, digan lo que quieran algunos agoreros soñadores que quieren darnos importancia, aunque sea amedrentadora.

Galdós, el épico en prosa del liberalismo nacional, ha merecido su reposo.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES